

EDITORIAL

Hace poco tiempo, alguien me dijo de memoria una frase que el poeta y profesor Godofredo Iommi apuntó en la pizarra en una de las tantas clases del Taller de América que impartió para estudiantes de arquitectura y diseño: “Lo útil y eficaz que no abandone nunca su inutilidad, su desconocido, lo que el objeto lleva consigo”. Por imprecisas que sean estas palabras alojadas durante años en algún vericuetado antojadizo, como suelen ser los pasajes mentales –en este caso, imagino la persistencia de esa huella indefinida que deja la tiza blanca sobre el pizarrón negro–, hay algo provocativo en el llamado a escuchar la inutilidad de los objetos. Me parece que con ellas, Godo señala un camino o más bien un desvío, concediéndoles a aquellos la cualidad de emanciparse de su destino como mercancías, por ejemplo. Una invitación a remirar la suerte a la que se pueden encaminar las prácticas que se ejercen desde el diseño y la arquitectura –tanto en las obras que se realizan como en el pensamiento académico–, orientadas hacia el mundo de la producción.

¿Cómo se enfrentan estos oficios desde el privilegio por lo inútil? Un privilegio que atribuimos con toda naturalidad al arte y a la infancia, porque el juego retiene la pasión por lo improductivo. De alguna manera, las huellas de ese yo primitivo, sumido en diversas empresas de lo inútil, hallan por azar un correlato en las páginas de este número de acto & forma.

Los arquitectos Victoria Jolly e Igor Fracalossi utilizan la palabra “inútil” para referirse a las obras que cada cual expuso en distintos contextos: una zanja y una cúpula en medio de un parque para dar refugio temporal, la primera; y la reproducción exacta de los moldajes de una casa demolida, cuyo armado se reitera hasta aprenderlo de memoria, el segundo. El hacer en la repetición también ocurre en el trabajo de la diseñadora Cecilia Morgado, que con esmero redibuja los suelos de un valle toscano fijado por Leonardo en unos grabados, una práctica que no busca conclusión, que se consuma en el acto realizado. Asimismo los ejercicios fotográficos de Ramón

Aldunate encierran una insistencia, al revisar el oleaje con imágenes que se baten entre un hecho pictórico y uno científico, y apoyado en la posibilidad inagotable de mostrarlo de modos diferentes. Otra colaboración que nos viene desde el arte, son las obras que presenta Hernán Cruz: apenas una incisión, un trazo que no altera los paisajes monumentales que “conquista” en sus viajes, un instante del que solo podemos ser testigos a través de fotografías. Otro registro es la caminata de la arquitecta brasilera Helena Cavalheiro, que a partir de una línea trazada sobre el mapa de Berlín, inicia un periplo que se transforma en deriva. Algo de ese espíritu errático se percibe en el análisis digresivo propuesto por Carole Gurdon y Pablo Fante sobre el texto de Alberto Cruz “Entrar en la arquitectura”.

Y como toda regla cuenta con una excepción que la confirma, la familiaridad de estos artículos encuentra en el trabajo de Gaspar Arenas la figura de un pariente lejano. Diseñador industrial especializado en luminarias, a partir de una carencia –la falta de industrias en Chile– propone una cadena de producción alternativa, reagrupando aquellos oficios que quedaron descolgados del pasado, aunque siguen vigentes.

Por último, la sección “Memoria” sobrepasa su condición habitual de documento para tomar un volumen mayor –con la celebración de los 70 años de nuestra escuela–, invitando a revisar la arquitectura de Matta 12 en un paseo colectivo, tramado por distintas voces que discurren sobre las transformaciones que ha experimentado la casa escuela.

Extremando el tema de este ensayo visual, y a propósito de lo inútil, recuerdo la siguiente paradoja: si a una embarcación de madera a lo largo de su existencia se le reemplazan las piezas podridas hasta que no le queda una sola tabla original, ¿es la misma u otra embarcación?

Catalina Porzio